Reseñas

EL IMPERIO DE LOS HABSBURGO. ENTRE EL SUEÑO Y EL TRAUMA

José María Pérez Gay, *El imperio perdido*, Cal y Arena, 1991.

QUIEN PASEE HOY EN día en Viena por la “Kärntestraße” hacia la catedral de San Esteban, o se encuentre en cualquiera de los cafés de esta calle, como el “Europa”, podrá escuchar nuevamente el checo y el húngaro como si no hubieran transcurrido los cuarenta años de Cortina de Hierro que separaron a Hungría y Checoslovaquia de Austria.

La *longue durée*, como diría F. Braudel, que se está imponiendo con toda su naturalidad, desde siempre hizo de Viena uno de los centros de Europa oriental. Es como si el “Viena, Viena, tan sólo tú” de una canción muy conocida restituyera la ciudad como lugar secreto de peregrinación de los europeos del Este.

Esta vuelta histórica de una tendencia en Europa central es la que da al libro de José María Pérez Gay una actualidad sorprendente y superior al interés histórico, que podría reivindicar como historia cultural y mental de la monarquía austro-húngara en el momento de su ocaso. ¿Pero es éste, en realidad, un libro de historia cultural y de las mentalidades?, ¿no es más bien el intento peculiar de reflejar y presentar, mediante la vida y la obra de cuatro autores (Hermann Broch, Robert Musil, Karl Kraus y Joseph Roth) este hundimiento que despojó a la Europa del Centro y el Este de su centro de reunión y gravedad dejando así en el vacío y sin punto de referencia a los amigos y enemigos de la monarquía?

José María Pérez Gay no reconstruye la historia: la relata.

El libro de Pérez Gay, tan rico en anécdotas que inquietaron en aquella época al mundo de los cafés de Viena, da al lector la impresión de que el autor fue él mismo testigo del último chisme, tan caliente y actual como los panecillos recién horneados por el panadero de la esquina.

Para quien no esté familiarizado con la historia de la monarquía austro-húngara o, mejor dicho, con la historia del imperio de los Habsburgo, como insistiría el crítico austro-norteamericano Robert A. Kann, debe parecer absurdo e incomprensible aquel desmoronamiento y su reflejo en los autores mencionados. Es la

historia previa de este imperio, y sólo ella, la que permite comprender la ambivalencia, y también la profunda tristeza, de los que viven este hundimiento.

No hay mejor descripción de esta monarquía, resumida en pocas frases, que aquella de Robert Musil en *El hombre sin atributos*, citado por Pérez Gay:

Según la Constitución el Estado era liberal, pero el gobierno tenía un gobierno clerical. El gobierno fue clerical pero el espíritu del liberalismo reinó en el país. Ante la ley, todos los ciudadanos eran iguales, pero no todos eran igualmente ciudadanos. Existía un parlamento que hacía uso tan excesivo de su libertad, que casi siempre estaba cerrado; pero había una ley para los estados de emergencia y con su ayuda se salía de apuros al no existir parlamento. Y cada vez que volvía a reinar la conformidad con el absolutismo, la Corona ordenaba que se continuara gobernando democráticamente.

Según estas descripciones de Musil, se podría pensar que la dialéctica hubiera sido inventada en Viena; sin embargo, las contradicciones del largo gobierno histórico de los Habsburgo fueron las que provocaron en los súbditos este sentimiento de odio e importancia, de seguridad y tutela, de orgullo y comodidad.

LA CASA DE AUSTRIA GANABA SIEMPRE EN DONDE NO HABÍA NADA QUE GANAR Y PERDÍA SIEMPRE EN DONDE TODO SE PODÍA PERDER

Si uno observa la historia de los Habsburgo más de cerca, se da cuenta de que, en el fondo y a largo plazo, fue una historia de catástrofes, y que los emperadores y reyes de la Casa de Habsburgo manifestaron, en general, una mediocridad que no tiene rival en otras casas reinantes de Europa.

Ésta ha sido, en resumidas cuentas, la historia de los Habsburgo: la Casa de Austria ganaba siempre en donde no había nada que ganar y perdía siempre en donde todo se podía perder.

Estos enunciados podrían sonar demasiado contundentes para corresponder a un proceso histórico real y para hacer justicia a la aparente importancia mundial que tuvieron los Habsburgo desde el siglo XVI hasta el XVIII. No obstante, queremos sostenerlos, puesto que sólo siendo contundentes podremos descifrar la historia de los Habsburgo, una historia que parece coincidir con la de Austria.

Esto no fue así desde el principio. Los Habsburgo no son originarios de Austria sino que provienen de una familia de condes de Suabia, de importancia más bien secundaria, que tenía posesiones en Breisgau, Sundgau y en el norte de Suiza. Con éstas, los Habsburgo, cuyo castillo solariego, la "Habichtsburg", se encontraba en el eje entre Basilea y Zurich, ocuparon un importante centro de comunicación norte-sur entre el Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana e Italia. A este aspecto de capital importancia se añadieron las relaciones de parentesco con la casa ducal de Lothringen que podía servir, a pesar de su lejanía, como punto de partida para una intensa propaganda dinástico-genealógica con la que los Habsburgo construyeron su "ilustre ascendencia" hasta la época romana (Hodl, 1988).

Este mito de la ilustre ascendencia se transforma en un sueño obsesivo cuando se elige a Rodolfo I emperador del Imperio, un sueño de dominio mundial, alejado de toda realidad, que determina cada vez más la política de los Habsburgo.

A partir de este momento, la obsesiva identificación con la corona imperial se vuelve una constante básica de la política de los Habsburgo, que declaran la alianza completa con la Iglesia papal, así como la ficción de su supremacía sobre todas las demás casas reinantes de Europa. Aunque, paradójicamente, fue la relativa debilidad política y económica de la Casa de Habsburgo la que influyó a las potencias políticas del desunido Sacro Imperio para concederles la dignidad imperial.

En el año de 1278 los Habsburgo hacen su aparición en la historia de Austria, cuando Rodolfo de Habsburgo, en su victoria de Lechfeld, despoja al rey Ottokar de los territorios hereditarios austríacos junto con Estiria, convirtiéndolos en la base de su poderío doméstico.

Esta victoria iba a marcar de manera decisiva su futuro desarrollo, a la vez que escondía un hecho fundamental: los Habsburgo habían emprendido un camino que los llevaría del centro de Europa a la periferia, zona que llegaría a adquirir cada vez mayor importancia en la organización de los dominios de los Habsburgo.

Los siglos XIV y XV configuraron la génesis psíquica de la Casa de los Habsburgo con sus peculiares estados pasionales que, a partir de entonces, iban a determinar su política. Entre el sueño y el trauma podrían ubicarse estos dos siglos en que los Habsburgo desarrollaron su versión específica y definitiva de la política.

Pero ¿qué desencadenó en el alma de los Habsburgo aquel trauma que nunca más pudieron superar, ni siquiera mediante la auto-represión?

El trauma fue la pérdida de los territorios solariegos del centro junto con la “Habsburg” que les dio el nombre: aquella expulsión de su territorio originario por las nuevas fuerzas de la economía y la mentalidad burguesas, que aparecieron con toda su fuerza no obstante su vestimenta alpino-campesina. La Casa de Austria nunca se repuso de su trauma suizo. Es más, parece incluso que ciertos rasgos de la política tardía de los Habsburgo fueran explicables sólo mediante este reflejo antiburgués.

“Desde entonces, los Habsburgo nunca más se enorgullecieron al referirse a su castillo solariego, y a veces sentían como una ofensa que otros lo hicieran” (Hold, 1988:18).

Este acontecimiento trajo consigo una serie de consecuencias a la *Realpolitik*. La primera revolución triunfante de la naciente burguesía había despojado a los Habsburgo de su centro en Europa, empujándolos hacia atrás, a la periferia austríaca, desde donde trataron durante siglos de reerigir una posición estratégica en Europa central.

Además, parece ser que el efecto psicológico en la estructura psíquica de los Habsburgo fue de similar magnitud.

¿No fue acaso que esta “ofensa territorial” provocó precisamente el temor ante la política del poder en el sentido maquiavélico de la época moderna, manifestándose en una sobreacentuación de la legitimidad dinástica? ¿Fue este trauma

el que llevó a los Habsburgo a aferrarse, a manera casi de reflejo, a los “poderes tradicionales” cuyo símbolo más destacado era la Iglesia?

Son estas preguntas las que, en el nivel de la historia real, no encuentran ninguna respuesta, aunque en un nivel teórico sí pueden tener una respuesta positiva.

Los acontecimientos de Morgaten y Sempach, batallas en las que la infantería de la Confederación Helvética derrotó de manera fulminante a los Habsburgo, ¿no fueron acaso indicios de aquello que los Habsburgo nunca se resignarían a aceptar, es decir, la era burguesa?

La expulsión de los territorios solariegos, a causa de las fuerzas de la naciente burguesía en Suiza, originó en los Habsburgo este sentimiento en contra de las ciudades y de la burguesía que iba a serles característico. De este modo se cerraba la puerta a una alianza con la burguesía; precisamente la alianza mediante la cual el naciente Estado absolutista lograría centralizar el poder supremo del Estado creando de esa manera al precursor del Estado nacional.

La imagen del señor feudal deshonrado por campesinos y burgueses perseguirá a los Habsburgo durante toda su historia. La legitimidad dinástica constituye sólo un escudo insuficiente contra las amenazas de una época que hacía mucho había dejado atrás los valores cristianos feudales.

El *Tu felix Austria nube, alli gerant belli* (Tú, oh feliz Austria, cástate y deja que los otros hagan guerras) que aún hoy se les hace escuchar a los niños de las secundarias, fue sólo el *leitmotiv* de una dinastía que no quiso o no pudo comprender los verdaderos contenidos del desarrollo del poder en la época moderna. Un joven filósofo, Gottfried Liedl, quien investiga la historia del intelectual en Austria, resumió esta situación de la siguiente manera:

La política de los Habsburgo sigue ante todo un cálculo dinástico y de política familiar, el cual, puesto que aún pertenece a los ideales e ideas dominantes de la Edad Media, no sabe qué hacer con las nuevas fuerzas burguesas y absolutistas en su imperio. El *leitmotiv* de los Habsburgo es la “legitimidad”, lo que se expresa tanto en una equiparación entre la política territorial y de casamiento como en la incapacidad de trascender el *statu quo* en la relación de poder de las fuerzas políticas (como p. ej. la situación de los principados eclesiásticos en el imperio) en función de cambios forzados (Liedl, 1988, p. 2).

Pero casarse y hacer guerras nunca fue una misma cosa. Mientras que el rey de Francia sometió a los señores feudales de los alrededores, iniciando de esta manera un proceso de “centralización concéntrica” (P. Anderson) que desembocó más tarde en el Estado nacional francés, los Habsburgo añadieron, mediante casamiento, un territorio tras otro a su poderío doméstico, de modo que sus posesiones se encuentran finalmente dispersas por toda Europa central. Pero son territorios que solamente están unidos por la dinastía; la política de su poderío doméstico no es de penetración en los territorios sino de pura acumulación.

Cuando Federico III (siglo XV) logró asegurar la sucesión dinástica de la Borgoña en favor de su hijo Maximiliano, se alcanzó un momento histórico en

el cual hubiera parecido, una vez más, que la opción “occidental” de los Habsburgo podría tener éxito: ocupar nuevamente el centro y unir efectivamente desde allí, bajo un emperador fuerte, al Sacro Imperio Romano. Pero es ahora cuando se hace sentir de manera dolorosa la pérdida de los territorios originarios, que hubieran podido ser un factor de conexión con las acaudaladas regiones de la Borgoña, Flandes y Brabante, logrando así una cohesión fuerte entre las diferentes tierras. Pero en el camino de estas pretensiones hacia las nuevas provincias se encontraban dos obstáculos insalvables: los principados eclesiásticos, cuya integración solamente habría sido posible mediante un conflicto con la Iglesia; y la Bavaria que se oponía masivamente, como un cerrojo, a cualquier conexión entre los territorios de los Habsburgo.

Por último, cuando Carlos V destinó, por razones dinásticas, los Países Bajos a la Corona española, se perdió toda oportunidad de volver a ocupar el centro y de unir el Sacro Imperio Romano bajo el dominio de los Habsburgo. Habsburgo pierde regiones con alto desarrollo económico en el Occidente y se encuentra cada vez más constreñido hacia el este, en donde amplía su imperio a costa de los otomanos, quienes a partir del siglo XVIII se encuentran en declive. De ese modo se integran más y más pueblos eslavos a la monarquía, pero con el aumento de los nacionalismos éstos representarían una fuerza explosiva cada vez mayor. Ni siquiera en esa fase de constricción hacia el oriente los Habsburgo lograron establecer un Estado centralista. La base austríaca del sistema imperial era demasiado débil, el poder de Bohemia corría demasiado peligro y la resistencia de la aristocracia húngara era excesivamente fuerte como para que naciera un absolutismo de índole oriental a lo largo del Danubio.

Por estas circunstancias, la “Hofburg” (Residencia imperial) no logró desarrollar estructuras homogéneas de dominio en su disparatado Estado multiétnico ni, por tanto, logró tampoco gobernarlo con la dureza acostumbrada en esta parte del continente. Los sueños de autoridad mundial, que se suscitaran a raíz de las victorias en las guerras contra los turcos, se derrumbaron repentinamente cuando Prusia, que es mucho más pequeña pero militarmente más potente, despojó en 1742 a la Casa de Austria de sus posesiones silesianas. La conquista prusiana de Silesia significó para los Habsburgo la pérdida de la más rica e industrializada de sus provincias en Europa Central, donde Breslau había llegado a ser el centro de comercio más importante de los territorios que constituían la herencia de la antigua dinastía. El sino de esta casa real se había confirmado una vez más: Habsburgo pierde sus regiones más desarrolladas ante rivales europeos más fuertes, mientras que gana regiones casi sin valor en el Este. Además, el elemento alemán del Imperio, sin el cual no podía haber centralización, había sufrido otro embate. El actor burgués en el imperio de los Habsburgo volvió a ser debilitado, mientras avanzaba la agrarización en el oriente del imperio.

PODRÍA HABER AÚN UN POQUITO MÁS DE RESTAURACIÓN

Hasta aquí un breve bosquejo sobre la transferencia del centro de gravedad de la monarquía de los Habsburgo hacia el Oriente; un proceso que determina de manera decisiva las actividades intelectuales en los territorios de los Habsburgo. Pero también es un proceso entre el sueño y el trauma. Sueño, ya que comparte las estructuras católicas de identificación de los Habsburgo; trauma, porque la paranoia de los Habsburgo hacia todo pensamiento burgués limita su desarrollo. “Enséñame donde vives y te diré como piensas”. La geografía de las posesiones de los Habsburgo, constreñida hacia el Oriente, impidió la occidentalización de la mente austríaca, el pleno despliegue de aquellas corrientes del racionalismo que se encuentran con tanta evidencia en la Francia de la Contrarreforma.

Es cierto que los países herederos de los Habsburgo, no sólo Austria sino también Bohemia y Moravia, participan de todas las corrientes intelectuales de la historia europea moderna; pero estos movimientos aparecen, en comparación con los países del Occidente, deformados, incompletos y a veces hasta caricaturizados.

Y así, a un observador imparcial se le plantea, antes que nada, la pregunta acerca de las razones del aparente retraso con el cual Austria reacciona ante los movimientos culturales, políticos y socioeconómicos. Y uno se siente impulsado a investigar las causas por las que en esta orilla oriental de presunto centro sí surgen impulsos y corrientes artísticas (particularmente en la expresión musical) pero no propiamente en el plano intelectual de la filosofía y las ciencias humanas.

En ninguna parte de Austria (ni siquiera en los “siglos impetuosos” de la vida intelectual, período entre el XVI y el XVIII) llegan a generarse expresiones verdaderamente originales, y mucho menos aquellas que hubieran encontrado un eco en el resto de Europa. No son éstos los hechos que conforman el trasfondo de lo provinciano, que se ha comprobado a menudo y que también se ha lamentado de esta parte del continente.

En cuanto a lo provinciano, la Contrarreforma es endémica en el imperio de los Habsburgo desde la guerra de los Treinta Años, y es la mediocridad *per se*, ya que no encuentra ningún adversario serio. Los jesuitas se apoderan de la vida espiritual, ocupan las universidades; los Habsburgo se ven más bien avasallados. Un hombre como Kepler logra sobrevivir tan sólo gracias a la protección de Rodolfo II, sin lograr, no obstante, una seguridad permanente. El rey de Francia, nombrándose árbitro de la guerra civil religiosa, controla el proceso de la Contrarreforma con el resultado de que dentro de ese proceso se desarrollan todas las bases para la Ilustración.

Los Habsburgo caen en el engranaje de los jesuitas y eso implica que incluso las teorías de la Contrarreforma se importen de España. La provincia sospecha de cualquier teoría, incluso de aquella que pudiera legitimarla.

Bajo los jesuitas se favorece el teatro del barroco, el goce visual, la conmoción afectiva, la sensualidad aparentemente inmediata, que es la más decidida adversaria de la “curiosidad teórica” (Blumenberg) de la burguesía ascendente. En los

países austríacos, la Contrarreforma constituye todo un proyecto para suprimir esta "curiosidad teórica", que apunta hacia la racionalidad y el dominio de la naturaleza.

Se expulsa al espíritu de las universidades y encuentra su refugio en la cocina. La cocina como refugio del espíritu. Seguramente en ninguna ciudad del Sacro Imperio Romano se comía tan sabroso como en Viena o Praga.

La creatividad del genio inventivo humano se retira del ámbito público hacia la esfera privada. La felicidad en el interior del hogar, esta larga duración de la vida espiritual austríaca, será un lema determinante durante siglos.

El Imperio de los Habsburgo se vuelve campeón de la Contrarreforma y la restauración bajo el lema: "Podría haber aún un poquito más de Restauración". Bajo los auspicios de un espacio público no existente, se desarrolla el famoso estilo vienés del "buen vivir" que se glorifica en los países alemanes como el arte vienés de vivir.

Después de una Ilustración inexistente, y de una Revolución ni siquiera soñada, Austria restauró su propia restauración y encontró en Metternich el genio que no se podía hallar en otros ámbitos nacionales. La mediocridad de los Habsburgo alcanzó su cúspide provisional con el emperador Francisco I que solamente fue superada por el emperador Francisco José unas décadas más tarde.

Mientras que en los países alemanes culminó el estudio teórico de la Revolución francesa gracias a Kant, Fichte y Hegel, en el idealismo alemán se elaboró una teoría de la hegemonía burguesa que, en un nivel teórico, ya no permitía dar marcha atrás; en Viena, Adam Müller se dedicaba a elaborar una teoría orgánica del Estado donde incorporaba ideas que siguió orlando con ideas de tipo orgánico con los privilegios ilimitados de la aristocracia. El "yo" de Fichte, que se sitúa a sí mismo, es el punto central de la interpretación burguesa del mundo, que mediante la instrucción y el trabajo reconoció a la naturaleza y creó su propia sociedad. Era la noción prototípica para aquella "curiosidad teórica" que Goethe inmortalizó en *Fausto* como característica del hombre occidental.

Y la historia relata un intento de encauzar el sistema de Kant en la provincia pedagógica de Austria, bajo el pretexto de que uno podría someterse ahora tranquilamente a la crítica, puesto que la crisis de la sociedad, de todos modos, ya era tan evidente que nadie podía negarla.

Este argumento, que utilizaron los pedagogos austríacos con referencia a Kant para introducir su sistema en las escuelas, se topó inmediatamente con la brusca resistencia del emperador Francisco I.

El emperador tiene mucho en contra, y cuando el director de las escuelas y estudios de Viena, Herr von Birkenstock, elogió el sistema, el emperador se dio media vuelta diciendo: "De una vez por todas, no quiero saber ya nada de ese sistema peligroso". (Cartas a Kant: Conrado Stang, 2 de octubre de 1796.)

Esta actitud del emperador expresa en forma ejemplar la relación del poder con la intelectualidad en la tradición austríaca. Al cerrarse sobre sí mismo, el soberano

queda desamparado en lo intelectual aunque, al mismo tiempo, con cierta habilidad práctica, se atrinchera en el mutismo como única reacción posible ante la ofensiva de un ataque intelectual.

No es casualidad que los gobernantes favorezcan el estilo del "buen vivir" de la vida austríaca, porque el intelectual se transforma en el *enfant terrible* de los gobernantes únicamente cuando cifra su felicidad en una actitud permanente de curiosidad y crítica. El intelectual no se vuelve enemigo de los gobernantes en cuanto representante del pueblo, sino solamente representándose a sí mismo y cumpliendo con los deberes de su intelecto.

El período de la restauración no tiene parangón en su castigo al intelecto y crea aquel hábito del intelectual austríaco que se empeña en adivinar los deseos de su "señor" con una obediencia anticipada. La actitud de un Giordano Bruno se desconoce en los países austríacos; al carácter austríaco corresponde, más bien, un hombre como Galileo Galilei, quien se retracta de sus teorías con la conciencia tranquila confiando en que la verdad no necesita mártires.

Pero, quizás, un Galileo constituiría un atrevimiento para el pensamiento austríaco de aquella época; el intelectual austríaco se retracta de sus teorías antes de haberlas formulado. En los países austríacos se interioriza la censura de la restauración, lo que lleva a un bloqueo del intelecto que tiene toda la apariencia de ser el resultado de la propia voluntad del intelectual. La autocastración a cambio de un puesto de funcionario para toda la vida; la cátedra universitaria como recompensa por el ejercicio permanente del conformismo. Estas actitudes tienen tradición en Austria. Incluso un filósofo romántico tan eminente como Friedrich von Schlegel, quien concibió la recatolización como medio para renovar a Europa y quien trabajó un tiempo en la cancillería de Metternich, dejó precipitadamente Viena al ver que la política degeneraba hacia la intriga.

El año de 1848 transformó la revolución burguesa en un acontecimiento de trascendencia para toda Europa. Esta vez no consistió en el intento de exportar la revolución, como en 1789, sino que los mismos elementos burgueses arraigados en Alemania, Austria y otras partes de Europa fueron los que se atrevieron a hacer la revolución. En Viena, la represión sangrienta de este movimiento que, a falta de una burguesía fuerte, se vio sostenido sobre todo por las profesiones liberales y el estudiantado, fortaleció las tendencias de la vida intelectual en Austria, cuestionando el conformismo y la sumisión ciega. Pero viene a ser sólo una derrota más de la aspiración burguesa a la libertad y significará la separación definitiva entre política e intelectualidad en Austria.

En el imperio de los Habsburgo, los intelectuales no son políticos y los políticos no son intelectuales; la intelectualidad es algo que la política no considera necesario.

Aquel *fin de siècle* de la literatura y el arte austríacos que aportó al país fama mundial se debe ubicar en este transcurso de la atmósfera del "Nachmarz" y de la época del romanticismo burgués alemán en que la vida espiritual se retira a la esfera privada.

Son precisamente las experiencias de una burguesía despolitizada las que forjaron tanto a Broch como a Musil, Schnitzler y Hoffmannsthal. En cuanto a Kraus y Roth, el asunto es algo diferente. La crítica a la situación de la sociedad se puede desarrollar solamente en un juego al escondite de la censura, así es que la sátira, que Nestroy aplicaba de manera magistral y en cuya tradición se halla también Karl Kraus, se vuelve un escape para ridiculizar el carácter pequeño burgués del régimen. Burla y cinismo: éstas son las únicas posibilidades de expresión de un espíritu que se ve excluido del ámbito público. El “yo” burgués, seguro de sí mismo, había sido aniquilado en Austria antes de haberse constituido. El pensamiento filosófico, que no podía expresarse en la esfera pública, encontraba su refugio en la literatura.

Hemos llegado ahora nuevamente al punto de partida de nuestras reflexiones, al libro de José María Pérez Gay y su intento por hacer revivir el hundimiento del imperio en la obra de autores que, en su mayoría, son casi filósofos. Suponemos que desde estos apuntes se podrá entender mejor el libro de José María Pérez Gay.

Después de estos acontecimientos, el emperador Francisco José se inventó una burguesía sustituta, los judíos. Ellos, que desde siempre habían estado activos en el comercio, en la segunda mitad del siglo XIX iniciaron la industria textil de Moravia y la industria transformadora alrededor de Viena. Fundaron establecimientos comerciales y representaron una buena parte de la inteligencia burguesa. En lo político, fácilmente controlables por su especial posición religiosa, los judíos representaron un sector que estaba a merced del emperador, pasara lo que pasara, y que no podía permitirse ninguna jugada individual. No eran ellos precisamente los indicados para que se expresara el “yo” radical y burgués. La *intelligenza* del imperio de los Habsburgo, durante esa década, constaba en su mayoría de judíos, a pesar de que el índice de población judía en la monarquía era tan sólo del 4%. De esta manera era fácil canalizar hacia el antisemitismo los sentimientos anticapitalistas y antiintelectualistas de las grandes masas populares.

Seguramente es una paradoja del desarrollo literario austríaco que las coacciones impuestas por el sistema se lleven hasta el extremo, precisamente con la gran literatura del fin de siglo. El desmoronamiento del “yo” se vuelve punto de partida de la reflexión y alcanza una intensidad teórica que muchos interpretan como anticipación de la postmodernidad. José María Pérez Gay muestra en su libro toda la densidad de aquella época en que tiene lugar la decadencia del modo de vivir burgués —que en Austria, por cierto, nunca se desarrolló en su forma política— y cómo este hundimiento es prototípico para toda Europa. La disolución de lo burgués y de los valores de aceptación general en la obra de Broch y Musil es ciertamente uno de los puntos centrales del libro de José María Pérez Gay.

La gran literatura austríaca nace en el momento en que el intelectual, al ser excluido de la política y del ámbito público, transforma esta humillación en fortaleza. Porque es una humillación que libera; el escritor, cuya única responsabilidad está enfocada en su obra, para la cual sacrifica a puertas cerradas y de manera monomaniaca incluso su salud, ya no es un lacayo de la monarquía, actitud típica en la literatura austríaca de ese período.

De ahí se explica también la actitud apolítica de los escritores austríacos; una incompreensión radical de la política que les impide entender adecuadamente el fenómeno de Hitler. Para muchos de ellos, la literatura mundial y la suya propia son su mundo. Ejemplo de esta postura es la actitud que toma Musil en el Congreso Internacional de Escritores, en 1935 en París, por la defensa de la cultura. Cita Pérez Gay:

Lo que puedo decir aquí y ahora sobre el tema tiene un carácter apolítico. Desde siempre me mantuve lejos de la política porque no tengo ese talento. Nunca entendí ni entiendo la máxima de que la política sea algo que a todos nos interesa. Los políticos acostumbran ver en la cultura el botín de su actividad, como antes los guerreros a las mujeres [...] La animadversión que sentimos por los Estados autoritarios como el soviético o el fascista se debe, sin duda, al hecho de que nos hemos acostumbrado a la democracia parlamentaria, como uno se acostumbra a un traje usado pero cómodo [...] Hay que defender a la cultura con medios apolíticos, toda política cultural será un fracaso.

Así habló uno de los novelistas más grandes de Austria, uno de aquellos a quienes, aun antes de nacer, se les había expulsado de la política. Lo "idiota", en el sentido griego, de la gran literatura austríaca se hallaba precisamente en el hecho de que estaba impasible ante la situación mundial y era la gran literatura de la Rasumofskygasse o también de Bad Ischl.

Aunque Max Horkheimer transfirió en 1932, es decir, antes de que Hitler subiera al poder, la fortuna del Instituto de Ciencias Sociales al extranjero, el día que entraron los nazis, Egon Fridell, el gran historiador cultural de Austria, pudo salvarse de ser detenido por la Gestapo sólo mediante el salto a la muerte. De acuerdo con la tradición austríaca, él había pensado que la asimilación a las circunstancias reinantes sería también suficiente en la Austria de los nazis.

Después de la muerte del gran "super-padre", del emperador Francisco José, quien había gobernado durante 68 años, más que ningún monarca antes o después de él, la suerte de su imperio mostró con perfecta claridad que todos los intentos de asimilación por parte de la burguesía e inteligencia judías no habían dado fruto. El antisemitismo de las masas que, mucho más que a una motivación religiosa, obedecía a resentimientos anticapitalistas, encontró desprevenida a la minoría judía, ya que ésta se había vuelto parte de la cultura en que vivía.

"Feliz el que olvida lo que no se puede cambiar." Estos versos, escritos en el siglo XV por Federico III en su diario y que casi se volvieron un *leitmotiv* del carácter austríaco, resultaron ser una trampa de la cual no hubo escape para miles de personas. En dónde si no en Viena se hubiera podido inventar la auto-represión, y en dónde más podría haber surgido el constreñimiento del "yo" desde dos frentes, el del "super yo" del emperador y el del "ello", al cual, en efecto, se concede aquí mayor libertad de acción que en el norte protestante? Este "yo" constantemente amenazado por los deseos y la irracionalidad, que vive un estado de sitio permanente, era el resultado de un buen pedazo de historia austríaca de los últimos 200 años.

Este “yo” atacado por dos lados y que se tambalea entre la manía y la depresión, entre el delirio de grandeza y la autodestrucción, ¿no es acaso el “yo” de Broch y Musil? Como el psicoanálisis de Freud se dirige hacia el mundo de las neurosis, cuyo entendimiento contiene, sin embargo, un enorme potencial de liberación, así la inclinación de Broch y Musil hacia la literatura significa un programa de autocuración frente a una época y un mundo que no son del agrado del individuo. Creo que José María Pérez Gay considera en el *Imperio perdido* este punto como decisivo para los dos. Sobre Musil escribe:

Su arrogancia se fincaba en otra certeza: Musil creyó que él era el único escritor que podía resucitar al imperio mediante una novela. ¿Quién se habría arriesgado a una empresa semejante? Conocer aquel imperio, conocerlo sólo a través de sus pueblos sino a partir de Viena. Nadie ha reparado —concluye Elías Canetti— en que Musil era de esa Austria hundida, que nadie más lo era, y con esa certeza conquistó el derecho de escribir sobre Austria como si escribiera sobre él mismo. “Porque sólo como fenómeno estético puede ser justificado el mundo”: este aforismo de Nietzsche tiene validez para muchos escritores del “*fin de siècle*” vienés, pero para ninguno tanto como para Broch y Musil. Allí, las ilusiones burguesas de un “yo” que podía efectuar cambios en el mundo, se ven expulsadas, ya desde hace mucho, y lo único sobre lo cual tiene aún influencia ese “yo” es la creación y la recreación del mundo en la literatura. Allí cada palabra depende del autor, él puede crear y destruir a su gusto. La literatura es el mundo de la posibilidad. *La muerte de Virgilio* de Broch es un intento por reconstruir totalidades, el deseo obsesivo de decir todo lo que pueda ser dicho.

—¿Retener? [...] Oh, sí, retener [...] Quise atrapar todo, lo que ocurrió y lo que ocurre [...] No pude lograrlo.

—Lo has logrado, Virgilio.

—No, me devoró la ansiedad del conocimiento [...] Por eso quise escribir todo [...] Eso es la literatura [...] Debí retener todo [...] Es la impaciencia del conocimiento [...] Esa es la razón de la literatura, nadie puede ir más lejos.”

La radical absorción del individuo en su obra: éste es el secreto de la literatura que se escribe en plena crisis del imperio de los Habsburgo y después de ella. Existe algo que debe ser escrito, y es como si el “ello” escribiera estas obras. Testimonios de la época, del hundimiento; es como si el espíritu universal se sirviera de estos individuos. Es una intelectualidad testaruda que se sitúa en, y a la vez, sobre su época. Como Nietzsche, afirma Musil: “Escribo para lectores que ni siquiera han nacido”. Este “yo” tan humillado en la historia de Austria, se había encerrado en sí mismo y deparó a Austria sus más bellas novelas. A Karl Kraus, Brecht le hace decir lo siguiente en los “*Geschichten von Herrn Keuner*”: “El señor Keuner se topa con el señor Wirr, el luchador contra los periódicos: ‘Soy un adversario de los periódicos’, dice el señor Wirr, ‘no quiero periódicos’. El señor Keuner dice: ‘Soy un adversario mayor de los periódicos, yo quiero otro tipo de periódicos’. Y al final de este párrafo: ‘El señor Wirr consideraba al hombre elevado y a los periódicos incorregibles; el señor Keuner, no obstante, consideraba al hombre bajo y a los periódicos corregibles’. ‘Todo puede mejorar, decía el señor Keuner, ‘menos el hombre’” (Brecht, p. 78).

¿A quién serían más aplicables estas ideas que a Karl Kraus, a aquel incorruptible crítico de la *journalle*, como él la denominó, y a la que hizo estallar, mostrándole su propio espejo? Durante más de treinta años, Kraus creó con su publicación *La antorcha* una opinión contraria que se caracterizó únicamente por su crítica lingüística. Pero muchas veces la crítica lingüística de Kraus fue, en su radicalidad, claramente superior a una crítica social de las circunstancias. Como en el caso de Wittgenstein, para Kraus eran “los límites de la lengua los límites del mundo”, y ninguna infamia escapaba al ojo del juez que solamente necesitaba pronunciar las palabras de manera adecuada para desenmascarar a los culpables.

En su autobiografía *La antorcha al oído*, Canetti recuerda esta facultad incomparable que nadie poseía como Kraus: “Que se puede hacer todo con las palabras de los otros, eso aprendí de Karl Kraus. Manejaba todo lo que leía de una manera vertiginosa. Era un maestro en acusar a las personas con sus propias palabras. Lo que no significaba que les evitara luego una acusación en palabras expresas; manejaba ambas y aplastaba a todos. Kraus representaba un ‘yo’ heroico, que en el papel del luchador particular en nombre de una moral de la incorruptibilidad delata la corrupción reinante y la irreflexión. Durante más de 20 años, él solo editaba la ‘antorcha’ que se volvió una institución en la vida espiritual de Viena, y también escribió un drama, *Los últimos días de la humanidad*, que parodiaba las atrocidades y la estupidez de la guerra.”

Los últimos días de la humanidad son los de la primera guerra mundial como un drama que rompe la forma dramática tradicional y se compone de citas de lo que realmente se dijo. Cada lengua, cada lenguaje tiene su propia dramaturgia, su propia ley que revela precisamente, en contra de la voluntad del hablante, lo que en verdad piensa, aunque diga otra cosa. En *Los últimos días de la humanidad* aparecen cientos de lenguajes, con el colorido de los diferentes dialectos, lo que implica que, en el fondo, solamente en Viena se puede entender la obra debidamente. Mientras que en Viena casi cualquier estudiante de secundaria y preparatoria se sabe de memoria por lo menos algunas escenas de este drama, en Alemania resulta casi incomprendible, y más todavía en otros medios lingüísticos. Esto trajo consigo que Kraus sea prácticamente un desconocido fuera de los países de habla alemana.

Sin embargo, Kraus representaba también, a pesar de la rabia que provocaba en sus adversarios, un pedazo de aquella alma vienesa que lo ha hecho inolvidable hasta hoy en día. En *Los últimos días de la humanidad* él mismo se había asignado un papel: el del crítico eterno. El crítico es la única persona que dice la verdad en contra de la locura colectiva y de sus adornos. En Viena, el crítico es una figura respetada y se le perdona también la burla y la sátira con las que trata a la ciudad. Kraus, ciertamente, fue el más político de los autores descritos en el libro de Pérez Gay, hecho que sin embargo no le impidió salir a la defensa de Dollfuß, el canciller del Estado fascista de los Estados. Para Kraus, Hitler era el mal mayor, y en eso llegaría a tener razón.

José María Pérez Gay concluye la rueda de los autores austríacos, en los que se refleja el hundimiento de la monarquía de los Habsburgo, con Joseph Roth y un

epílogo con Elías Canetti. En el caso de Joseph Roth, se nos plantea por cierto la pregunta: ¿posee Roth esta categoría?, ¿se refleja en sus obras realmente todo el drama del hundimiento de un "yo" que hizo época? ¿No es, en el caso de Roth, un destino muy personal que sólo se entreteje tangencialmente con el ocaso de una época? Estas preguntas que en el último párrafo podrían surgir en el lector, sólo el autor puede contestarlas.

José María Pérez Gay logra en *El Imperio perdido* despertar a la vida aquel *fin de siècle* vienés, aquel mundo de los cafés que hizo época. Mediante anécdotas ilumina un pequeño cosmos forjado por una intensa vida espiritual que representaba a un público propio en el momento del ocaso de la monarquía y aún después. Pintar todo el espíritu de una época mediante las biografías y la obra de varios autores significa un intento fascinante de crear casi un nuevo género de ensayo. En este intento, José María Pérez Gay pisa tierra nueva puesto que se atreve a acercarse a una totalidad de la descripción, a algo que, en el fondo, no puede ser descrito en su globalidad. Osar acercarse a lo imposible y haberlo plasmado en una descripción plástica es en lo que consiste una buena parte de la fascinación de *El Imperio perdido*.

BIBLIOGRAFÍA

- Kosselek, R., *Kritik und Krise*, Francfort, 1973.
Anderson, P., *El estado absolutista*, México, 1979.
Blumenberg, H., *Der Theoretische Prozeß der Neugierde*, Francfort, 1976.
Brecht, B., *Geschichten vom Herr Keuner*, Francfort, 1972.
Kann, R. A., *Geschichte des Habsburgerreiches*, Viena, 1982.
Liedl, G., *Materialien und Überlegungen zur Mentalität Austriaca*, manuscrito, Viena, 1988.
Liedl, G., *Methodische Vorüberlegungen: Intellektualität Österreich*, manuscrito, Viena, 1989.
Hodl, G., *Habsburg und Österreich 1273-1493*, Viena, 1988.

Herbert Frey